

EL COLONIALISMO QUE NO CESA

PARA muchos, la actual crisis de los Estados occidentales es una fase de la lucha entre los países desarrollados y el «tercer mundo», en la cual éstos habrían tomado una iniciativa. Pertenece a una forma de considerar globalmente la historia del mundo, remontándose a las tribus y las hordas: grupos de hombres más fuertes, más numerosos o mejor armados habrían tratado siempre de explotar el trabajo de los otros mediante formas de la esclavitud, y gozar de sus bienes. Parkinson lo plantea como una eterna cuestión entre nómadas y sedentarios. Serían estos últimos pacíficos agricultores y almacenistas de sus cosechas, creadores de las primeras células de convivencia y sociedad, de trabajo colectivo y comunal; y los nómadas serían guerreros de rapiña, predadores del bien y la organización productiva de los demás. La parábola de Caín y Abel representaría ese viejo enfrentamiento. A veces vemos en las películas del Oeste que reflejan el nacimiento de una nación con la ingenua reproducción de un nacimiento del mundo, cómo los granjeros que cultivan minuciosamente la tierra y establecen las primeras leyes y organizaciones sociales están amenazados por los ganaderos trashumantes, que duermen a cielo raso y viven a caballo, con el rápido revólver al cinto. El hecho, no siempre puesto de manifiesto, de que los granjeros fueran antes nómadas armados que arrebataron sus tierras a pobladores anteriores, nos muestra lo difícil que es dividir la historia entre buenos y malos, o adjudicar patrones de conducta a un sector y no a una circunstancia.

LA historia de la colonización, y de la resistencia a la colonización, sería una historia que no cesa. Sería la historia misma de las guerras de Europa, disfrazadas de guerras de religión o de constitución de nacionalidades y, en realidad, buscando la dominación y la explotación de unos sobre otros y, más tarde, la de la misma Europa, adiestrada en el uso de las armas por sus guerras intestinas, que, sin cesar éstas, utilizaría los nuevos medios de navegación —un nomadismo científico— para utilizar a otros pueblos. A veces, una lucha de descolonización, de defensa, puede llegar a superarse y crear una lucha de colonización por parte de los mismos protagonistas. El ejemplo más fácil y más co-

modo de emplear es el de los Estados Unidos de América, nacidos de una voluntad de independencia con respecto a los explotadores coloniales británicos, constituidos en un ideal de libertad y de autodecisión, que no saben detener a tiempo su lucha y constituyen, a su vez, un imperio colonial. De donde vendría el malestar profundo entre unas normas políticas y culturales, una filosofía de base y un comportamiento y una acción reales. La magnitud óptica del ejemplo quizá nos impida ver otros paralelos o más recientes. La misma Unión Soviética, surgida de un ideal revolucionario de igualdad entre los hombres y de renuncia a la explotación, ejerce un imperio invisible sobre otras naciones cuyos modos de producción ha subordinado a las necesidades de la metrópoli, repleniendo, con otras características, un ejemplo histórico: cuando la Revolución francesa emitió los postulados de libertad, igualdad y fraternidad, su lejana posesión de Haití creyó que la proclamación podría alcanzarle y fundó la República Negra, dirigida por los antiguos esclavos Toussaint L'Ouverture y Jean-Jacques Dessalines; las fragatas de la metrópoli no tardaron en llegar para demostrarles que, como escribiría siglo y medio después el trotskista Orwell, si bien todos somos iguales, hay algunos más iguales que otros; y Haití quedó de nuevo reducida a la condición de colonia. Algunos problemas menores recientes, como el de la constitución del Congo, la guerra Nigeria-Biafra, la de Bangla Desh-Pakistán (con la intervención mayor de la India) nos pueden mostrar fácilmente que el tema está muy lejos de ser resuelto, y que ha de dar al mundo algunos siglos de sangre.

HEMOS convenido en la historia reciente, a partir de la segunda guerra mundial, la condenación del colonialismo, por una forma verbal de prevalecer las doctrinas originales de Estados Unidos y de la URSS sobre unas realidades de actuación, en reducir este complejo a una simplificación: el imperio europeo debía desaparecer, los pueblos explotados por este imperio debían ser independientes, disponer de sus bienes y de sus destinos y, ayudados por los demás, acceder a una igualdad de condiciones hasta que desapareciera la noción de subdesarrollo. Nada más lejano a la realidad. El mundo de occidente se ha montado

Kissinger, con el ministro de Asuntos Exteriores de la Arabia Saudita, Omar Sakkaf (izquierda), y en un momento de su entrevista con el israelí Abba Eban (derecha).





En el Club des Pins, de Argel, se reunieron dieciocho ministros de Asuntos Exteriores árabes para planear una política conjunta.

cada vez más sobre unas sociedades consumidoras de las materias primas producidas por los pueblos subdesarrollados, y extraídas por sus habitantes. Si anteriormente se utilizaba la fuerza y la conquista —los ejércitos expedicionarios, los virreyes— para este tipo de predación, en la actualidad se ha utilizado una forma invisible: occidente ha segregado en esos países unas clases dirigentes y unos núcleos de poder que se han encargado de mantener los medios de producción favorables a las metrópolis clandestinas. Cuando no ha sido bastante, sus tropas han desembarcado o sus aviones han bombardeado. Los intentos de reconstrucción de los ideales de independencia —Bandung, la Tricontinental o la ni siquiera nacida «ONU de los pobres», que pretendía Indonesia con el apoyo de China— han sido anegados; cuando ha sido preciso, con sangre, con toda la sangre. Cuando no, con la corrupción, con el miedo, con la amenaza. El cuadro real de la vida del ciudadano en los países de los continentes dominados varía escasamente con respecto a la época de la colonización directa y sin ficciones: apenas lo que han llevado algunas aportaciones de lo que llamamos progreso vegetativo, de la ciencia y de la técnica, siempre que sirviesen a la mejor explotación de la mano de obra de los bienes propios.

LA decisión de los países árabes de suprimir porcentajes de sus envíos de petróleo a naciones consideradas como enemigas —es decir, a las que considera que continúan practicando su colonización por el intermedio de Israel, entidad a la que consideran como un ejército de ocupación— aparece, finalmente, como un arma en esta vieja lucha, agudizada por la subida de precios. Coincide con la escasez de otras materias primas. Queda, sin embargo, una duda grave: la de que estos manejos de las materias primas y la era de escasez mundial que ha comenzado no sea más que un acuerdo entre clases explotadoras. Cuesta el trabajo natural creer que el Sha del Irán, el Rey Husseln y el Rey Faisal, unidos a los príncipes de los emiratos del golfo Pérsico, coincidan con los de los desplazados de Palestina, a los que algunas veces han distinguido con sus balas de cañón. Puede sospecharse que más bien han de coincidir con los de las siete grandes compañías mundiales (dominadas por Wall Street) de distribución del petróleo, y con

los de algunos centros de decisión que están fuera de su mundo y también el nuestro, del europeo.

LO que es posible es que este espejismo de la utilización de la materia prima como arma de quien la produce, en lugar de serlo de quien la explota, puede estimular a otros países a tomar decisiones semejantes. No hay por qué suponer que si estas medidas no están de acuerdo con los grandes centros de decisión no vayan a ser sofocadas en un plazo más o menos largo, como ha sucedido en Chile, que pretendió ser dueño de su propio cobre, y no sólo para favorecer unas clases dirigentes nacionales o mundiales, sino para la totalidad del pueblo.

¿PUEDEN correr el mismo destino los países árabes productores de petróleo? No, indudablemente, mientras el «arma del petróleo» esté manejada por unas oligarquías. Pero si la vieja revolución social, que desde hace años está latente en el oriente árabe contra las monarquías feudales y los falsos socialismos de los países modernistas, llegase a dominar su producción, no tardaría en producirse el desembarco, o cualquier otra forma de agresión.

ELLO no implica que el empleo del «arma del petróleo» no vaya a dañar seriamente las economías de algunos países europeos, o de todo el continente en su zona occidental. Incluso del mismo tercer mundo, a nivel de ciudadano, al que ya se amenaza con que los productos de consumo o de primera necesidad que pueda recibir del exterior van a aumentar notablemente de precio o van a escasear, como una especie de «boomerang» que vaya a herir a los mismos que lo han lanzado. Pero no deja de ser curiosamente oportuno ese daño económico a Europa en un momento en el que ésta intenta independizarse y crear organismos de decisión propia, al margen de la OTAN y de la economía dirigida desde los Estados Unidos. No deja de ser tristemente aleccionador que, en medio de esta crisis que Europa occidental sufre por no haber podido desprenderse de una política de Estados Unidos que le es ajena, Europa tenga que renovar sus juramentos de fidelidad y de amistad a los mismos Estados Unidos.